

## Cuarta etapa: La Guerra de Independencia

### RELATOR

Con interminables aplausos y nutridas exclamaciones de exaltado entusiasmo fue recibido el nuevo invitado. El padre Hidalgo, con su larga sotana; sus negras botas de campaña; sus brillantes ojos azules; sus canas un tanto desmadradas y su rostro amable, pero de gestos determinantes, le daban un aspecto de renovada vitalidad, muy semejante a las bellas estampas de los libros de historia y a las miles de estatuas, que en su honor se han erigido en todos los confines de México. A los prolongados aplausos sucedió un silencio reverente que por algún tiempo nadie se atrevió a profanar; lo que le dio mayor solemnidad al momento.

### MODERADOR

¡Bienvenido, preclaro Padre de la patria mexicana! vuestra presencia honra esta reunión. Recibid el fervido homenaje de nuestro respeto y gratitud, acaso muy inferior a vuestro merecimiento. Esta junta está presidida por el espíritu de la libertad, aquí se han congregado quienes, de una forma u otra, han luchado por liberar al hombre de todas sus ataduras, particularmente al hombre nacido en esta tierra. Vos habéis tenido la grandeza de romper las cadenas que esclavizaban a toda la Nación: Por tal, os proclamamos: ¡paladín de nuestra libertad! os rogamos aceptéis una plaza especial entre nosotros. (*Prolongados aplausos, nuevamente*). Para continuar nuestros trabajos se ruega respetuosamente a don Miguel Hidalgo y Costilla inicie los comentarios relacionados con la guerra de Independencia de México.

### MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Gracias por tan caluroso recibimiento. Para quienes tuvimos que padecer los horrores del suplicio, y pasamos los últimos días de nuestra vida en medio de diatribas, injurias, anatemas y degradaciones, resulta conmovedor, ahora, recibir vuestros elogios y respetos, con una intensidad inmerecida; ¡estoy profundamente emocionado! ¿Y cómo no estarlo? ante la presencia de tan extraordinarias personalidades que han escrito las más bellas páginas de la historia patria, y en lo que a mí concierne, le han dado luz, sentido y razón a mis ideales, y rumbo definido a mis acciones. Veo aquí al gran Bartolomé de las Casas, insigne protector de los indios de América, quien con sus nobles luchas tutelares impregnó de humanismo

los anales de la conquista de México. Ante él inclino reverentemente mi cabeza. Veo, también con respeto reverenciado, al inolvidable maestro Francisco Javier Clavijero, a quien conocí en el Colegio de San Javier en Valladolid, poco tiempo antes de que el estúpido decreto de Carlos III condenase a los jesuitas a abandonar el país. Gracias al padre Clavijero fue conocida en el Viejo Continente la portentosa cultura de los indios de México, de donde se derivó una actitud diferente hacia los habitantes del Nuevo Mundo. También está aquí el inquieto fray Servando Teresa de Mier, quien ha cubierto con su palabra, sus letras y sus acciones, varias etapas importantes de la historia de nuestro país. Desde el púlpito él devolvió a los indios de México su ancestralmente adorada Tonantzin en la imagen de nuestra Santísima Virgen María de Guadalupe, lo que le provocó muchas persecuciones y sufrimientos. En sus letras fustigó la mentira histórica; en la lucha por la independencia estuvo al lado de Francisco Javier Mina y en la tribuna del Congreso combatió el tiránico impero de Iturbide, para después, siendo ya México libre, plasmar su pensamiento en debates memorables que siguen señalando rumbos o alternativas al destino nacional. Veo, también, al Licenciado Verdad y al fraile Talamantes, primeras víctimas sacrificadas en aras de la libertad; igualmente distingo a mi amigo don José Mariano Michelena, quien junto con José María García Obeso, fueron también precursores de la insurgencia, e iniciaron en 1809 lo que habríamos de concretar en 1810.

Advierto, también, la presencia de los representantes de una talentosa generación de liberales, que en la posindependencia habrían de imponer sus avanzadas ideas contra el oscurantismo y el retroceso, tanto en la tribuna del parlamento mexicano, como en la administración pública. Me refiero a don Lorenzo de Zavala y al doctor José María Luis Mora.

¡Gracias a todos por la cordial acogida que me han dado, y les expreso, sin ambages, que es un gran honor estar entre ustedes!

Soy de los que piensan que para poder comprender cabalmente la empresa de un hombre, es necesario conocer su vida. Por lo tanto, empezaré por contarles lo que recuerdo de la mía. Nací en la hacienda de Corralejo, en la jurisdicción de Pénjamo, Guanajuato en el año de 1753. Mi padre, don Cristóbal Hidalgo y Costilla era el administrador de la misma; hombre de no pocas luces y de gran inclinación por la cultura, nos indujo por ese camino a mis cuatro hermanos y a mí; sin embargo, mi carácter, aspecto físico y espíritu emprendedor lo heredé de mi madre Ana María Gallaga, de origen vasco; su abuelo Pedro Gallaga había venido de Vizcaya en el siglo XVII. Cuando apenas iba a cumplir doce años de edad, mi padre me envió a estudiar al prestigiado Colegio de San Nicolás, en Valladolid, hoy Morelia, Michoacán, fundado originalmente en Pátzcuaro por el ilustrísimo don Vasco de Quiroga. Mi hermano José Joaquín ya tenía para entonces dos años de estar estudiando allí. Después de cinco años de estudios pasé a la Universidad de México donde obtuve el grado de Bachiller en Artes y al cabo de tres años, logré el mismo grado en Teología. Cursé ventajosamente la cátedra de filosofía, y tomé un curso de Retórica en el Colegio de San Javier, que fue donde conocí al padre Clavijero. También estudie Francés, idioma que muy pocos poseían entonces; eso me permitió leer muchos libros que estaban prohibidos porque hablaban de la revolución de las

ideas y del pensamiento, lo que me valió el cargo de afrancesado, sediciosos y hereje que posteriormente tratara de endilgarme la Santa Inquisición. Después fui catedrático, tesorero y rector del Colegio de San Nicolás, bajo cuyo techo y auspicio pasé veintisiete años de mi vida; desde mi adolescencia hasta mi edad madura conviví con cientos de maestros y millares de estudiantes que pasaron por aquéllas benditas aulas, muchos de los cuales se adhirieron a mi lucha por la independencia de México. Desde que era estudiante, mis compañeros me impusieron el sobrenombre de «el zorro», y así me siguieron llamando posteriormente. En 1792 abandoné el Colegio de San Nicolás para hacerme cargo del curato en Colima; de allí pasé a la Parroquia de San Felipe «Torres Mochas», donde estuve cerca de once años y posteriormente en 1803, mediante una permuta que hice con mi hermano José Joaquín, me fui a servir al curato de Dolores, Guanajuato. Durante los siete años de mi estancia allí no sólo me concreté a cumplir con mis deberes eclesiásticos, sino que busqué diversas fórmulas para ayudar a los pobres; principalmente a los indígenas, a mejorar su modo de vivir, tratando de emanciparlos de la férrea opresión que padecían; y ya que por entonces no podía liberarlos de las cadenas de esclavitud que los oprimían, al menos, procuré enseñarlos a proporcionarse su subsistencia sin tener que depender de sus opresores. En terrenos de la iglesia establecí una curtiduría de pieles y talabartería; una alfarería donde se llegó a elaborar loza de superior calidad, semejante a la porcelana extranjera, que a la postre, mediante experiencia y perfeccionamiento ha constituido la gran tradición artesanal de México reconocida mundialmente; también inicié la cría del gusano de seda, para lo cual sembramos ochenta moreras en la hacienda de la Erre habiendo tenido en esta industria el mismo éxito que en la loza, pues logramos obtener seda de la mejor calidad hasta entonces conocida. Asimismo, promoví la siembra de viñas, que después ha sido uno de los principales ramos de la industria en esa región, y logramos elaborar vino de superior clase. También mandé traer de la Habana varios enjambres y emprendimos la cría de abejas, alcanzando magníficos resultados en la producción de miel, sobre todo, en la de la cera, tan apreciada en aquellos tiempos. Además, instalé en uno de los cuartos del curato y en el zaguán, un taller de carpintería y herrería, convirtiéndose los terrenos y locales de la iglesia en una verdadera escuela de artes y oficios donde se enseñaba a los feligreses a trabajar en ocupaciones lucrativas que los hacía sentirse independientes económicamente. Mi pariente José Santos Villa, que siempre me acompañó a todas partes, como era muy buen profesor de música formó una orquesta que en la noche nos deleitaba en las tertulias que se organizaban en el curato. Con mucha frecuencia me gustaba asistir a las interesantes veladas que se llevaba a cabo en la casa de don Nicolás Fernández del Rincón, en donde se reunían los principales vecinos de Dolores y pueblos circunvecinos. Allí se leían poesías, se hablaba de los acontecimientos de México y de España, se jugaba tresillo, mus y malilla; a veces se bailaba, y en general, era el centro principal de reunión de aquel lugar.

En ese tiempo cultivé profundamente mi amistad con don Juan Antonio Riaño, Intendente en Guanajuato, la cual habíamos iniciado cuando desempeñaba el mismo cargo en Valladolid; hombre recto, de buen trato y de ideas avanzadas. Asimismo, establecí magníficas relaciones con el doctor Manuel Abad y Queipo, obispo de

Morelia, también de un claro pensamiento liberal y un convencido de lo inevitable de la Independencia, la que debería proponerse -según expresaba- por vías incruentas. En Querétaro con mucha frecuencia visitaba a don Miguel Domínguez, docto Corregidor, y a su inteligente esposa, doña María Josefa Ortiz. En San Miguel el Grande, entre otras muchas amistades, me relacioné, por identidad de ideas, con el Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, don Ignacio Allende; así como con sus subalternos don Juan Aldama y Mariano Abasolo.

Desde el mes de julio de 1808, cuanto tuvimos noticias de las renuncias de la familia real en Bayona en favor de Napoleón, muchos criollos y peninsulares con los que yo dialogaba, me participaron su indignación y su angustia, porque supusieron que quien había avasallado a toda Europa con toda seguridad trataría de apoderarse de la más rica de las colonias de España; lo peor de todo era que no columbráramos quien podría hacerse cargo de organizar la defensa de nuestras costas para impedir el desembarco de las tropas francesas, pues el virrey Iturrigaray había sido hechura directa de Manuel Godoy, que aparte de ser odiado por todo el mundo, se sabía que andaba en tratos con Napoleón. En eso estábamos cuando nos enteramos de dos sucesos que definitivamente nos señalaron los caminos que debíamos tomar: Uno fue la representación que hizo el Ayuntamiento de México, con motivo de la acefalía de mando en España, solicitando se convocara a un congreso general, con el fin de nombrar un gobierno provisional mientras se dilucidaba la situación en Europa. El otro acontecimiento a que antes me he referido fue la noticia del levantamiento del pueblo español contra el tirano francés, y que a falta de rey se había organizado en Juntas Gubernativas populares, conforme a una vieja tradición hispana y a las leyes de Partida. Todo eso nos daba un rumbo a seguir. En las tertulias y veladas, a las que asistían, como antes he dicho, gente de importantes luces, se llegó a discrepar exclusivamente en lo relativo al concepto de «soberanía popular» por considerarlo roussonian, y porque lo había anatematizado la iglesia, pero luego que nos llegaron algunos escritos conteniendo los argumentos del licenciado Francisco Primo de Verdad, de Juan Francisco Azcárate, y sobre todo, las analíticas disertaciones del fraile Melchor de Talamantes; ya no nos quedó la menor duda de que las autoridades que dependían del rey, al faltar éste, carecían de legitimación para seguir gobernando el país, por lo que todos mis contertulios, así como Abad y Queipo, Riaño, don Miguel Domínguez y otros más, que aceptaban hablar de éste tema, estábamos convencidos que la mejor solución, de momento, era organizar una Junta o Congreso Nacional que gobernara provisionalmente, como se estaba haciendo en España.

Lamentablemente, nuestro «gozo se fue al pozo» al enterarnos que los comerciantes de México; todos ellos peninsulares, con Gabriel Yermo a la cabeza, habían derrocado a Iturrigaray y aprehendido a Azcárate, Verdad y a Talamantes, y en connivencia con los oidores de la Real Audiencia habían nombrado virrey al vejete don Pedro de Garibay; y que además, sin consultar a nadie, habían reconocido como Junta Suprema de España a la de Sevilla, dadas las relaciones e interés de los comerciantes de aquí y los de la Metrópoli. Pero lo que más nos llenó de indignación fue la noticia de que habían asesinado, solapadamente, primero a Verdad, y luego a Talamantes; ambos en el aislamiento de su prisión. Esa sangre, injustamente derramada, nos señaló el marco de violencia en el que habría de

darse cualquier propósito libertario, que ya no sería contra Fernando VII, porque su cautiverio, y el poderío napoleónico, que cada día aumentaba, tornaba impredecible su suerte y su reinado; no, la lucha tendría que darse contra los funcionarios españoles que estaban gobernando el país sin ningún sustento legal y que querían conservar a toda costa su inmenso poder, sus privilegios y riquezas, por eso rechazaban toda posibilidad de un gobierno provisional que pudiera desplazarlos. A ellos se les unía el alto clero, al que le favorecía la ausencia del rey, porque así tenían completa libertad de acción, e igualmente los ricos comerciantes, hacendados y dueños de minas que temían que cualquier cambio afectaría sus grandes intereses económicos, amasados, casi siempre, en connivencia con las autoridades virreinales, o con su disimulo.

A pesar de esos obstáculos, para la mayoría de la gente que analizaba la situación que se estaba viviendo, la independencia de México era inminente e inevitable; en circunstancias menos graves se había logrado la de los Estados Unidos de América, cuya transición republicana estaba siendo un ejemplo de libertad y democracia. Debo hacer hincapié que una parte de quienes empezamos a conspirar, buscaban llevar a cabo la independencia mediante una proclama general que evitara el derramamiento de sangre. Militares, criollos, eclesiásticos, abogados, frailes y algunos funcionarios consideraban posible que un levantamiento masivo de cerca de 25,000 personas, que era el efectivo con el que se estimaba contar, incluyendo indios, jornaleros, campesinos, y alguna tropa de línea, obligarían al gobierno virreinal a convocar a la Nación a un Congreso General que ejercería una autoridad deliberante en nombre de Fernando VII, y que en caso de que España cayera definitivamente abatida ante Napoleón, resolviera en definitiva el destino del país.

Con esa idea, que a mi siempre me pareció insuficiente, Michelena, García Obeso, el padre Santa María, el licenciado Antonio Soto Saldaña, Ignacio Allende, Juan Aldama, Abasolo y otros, resolvieron levantarse en armas el día 21 de diciembre de 1809, pero desde catorce días antes el cura de la catedral de Morelia, Francisco de la Concha había denunciado la conspiración, según informes que recibió de uno de sus feligreses. A esa denuncia no se le dio mucha importancia, pero cuando, días después, Agustín de Iturbide confirmó la conjura, asegurando que él también había sido invitado a participar en ella, se ordenó la prisión de los principales cabecillas, que por la magnanimidad o indolencia del arzobispo y virrey Lizana, fueron puestos pronto en libertad y solamente se les cambió de plaza a otras ciudades del país.

Tal fue la conspiración de Valladolid, que si bien quedó frustrada en sus inicios, nos dejó varias experiencias; entre ellas: Que a los españoles sólo les podríamos arrebatar el poder con la fuerza de las armas. El sacrificio de los hombres de 1808 y el fracaso de los de 1809 nos señalaron el único camino a seguir: ¡La guerra! La sublevación de 1808 fue propiamente un movimiento conceptual que puso en el tapete de las discusiones el derecho del pueblo mexicano de definir su propio destino, invocando, aunque parezca paradójico, el derecho tradicional español; derecho que no fue reconocido inexplicablemente por las Juntas de España, no obstante que era el mismo que ellas invocaban para organizarse en su lucha contra Napoleón. De cualquier manera, los hombres del Ayuntamiento, asesorados por el padre

Talamantes nos dejaron la fundamentación conceptual del derecho de los mexicanos a su independencia, lo cual no fue poca cosa, porque un levantamiento sin legitimación no pasa de ser una revuelta o un motín que difícilmente llega a la conciencia de todos. Además, su inmolación proporcionó a nuestro movimiento sus primeros mártires; influencia dolorosa que siempre ha sido el gran impulso espiritual en todas las causas: Por su parte, los confabulados de 1809 nos mostraron, entre otras cosas, que las masas indígenas podían ser convocadas a la lucha a través de sus gobernadores o caciques, y que era posible su coexistencia con las tropas de línea, o soldados regulares.

Todas esas experiencias nos permitieron a Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez, Joaquín Arias, Epigmenio y Emeterio González y a mí, elaborar un plan más completo, que incluía, entre otras cosas, las posibles adhesiones de guarniciones completas en diversas ciudades, dada la circunstancia de que se componían de tropas mexicanas mandadas, en la mayoría de los casos, por comandantes criollos, pues, en realidad, en México había en ese tiempo muy pocos soldados españoles, pues éstos habían sido concentrados en España para luchar contra Napoleón. En dicho plan se contemplaba el inicio de las hostilidades el primer día del mes de octubre de aquel año de 1810. Con ese motivo nos dividimos el trabajo de proselitismo y organización, de tal suerte que a Allende le correspondió iniciar las reuniones secretas en Querétaro y San Miguel el Grande, dada la influencia que él tenía en esos lugares. A mí me asignaron esa tarea en Valladolid, es decir, Morelia y también Guanajuato, incluyendo, por supuesto, a Dolores y pueblos aledaños. Al capitán Joaquín Arias se le encargó Celaya, y a los demás, sus lugares de origen.

En el taller de herrería, que como antes dije, lo instalé en terrenos de mi curato, nos pusimos a fabricar lanzas y machetes con mucho cuidado, y cada quince días nos reuníamos los principales cabecillas para evaluar la situación y los avances. A veces las reuniones las celebrábamos en la casa del licenciado Parra o del presbítero José María Sánchez, de Querétaro, con el pretexto de que eran veladas literarias. En alguna ocasión nos acompañó el señor Corregidor don Miguel Domínguez y su valerosa esposa doña María Josefa. En otras ocasiones, las juntas las verificábamos en mi curato en Dolores, o en casa de mi hermano Mariano en Morelia. En estas reuniones, dado el nivel cultural de los asistentes se planteaban las razones y objetivos del movimiento a la luz de las nuevas corrientes del pensamiento político y filosófico, y señalando la tendencia natural de todas las colonias de América de pugnar por su independencia, cuyo ejemplo más conspicuo eran los Estados Unidos; pero, además, en esos días se tuvo noticia de que Buenos Aires, Caracas y Haití habían iniciado su lucha libertaria buscando su separación de España.

Los domingos, después de la misa, algunos de los caciques indígenas de esos rumbos se quedaban en mi casa cural a tomar chocolate conmigo y hacíamos consideraciones respecto del contingente de indios que se unirían a nosotros; así como una evaluación de caballos, armas de fuego y machetes. En estas conversaciones pude percibir el odio ancestral de los indios contra sus infames opresores de siglos; era impresionante la rabia y el deseo de venganza que subyacía en el corazón de aquellos hombres aparentemente mansos, pero que tenían el

alma endurecida por la eterna crueldad y vejación a que había estado sometida su raza durante tanto tiempo. No estaba yo inadvertido del riesgo que significaba armar aquellas huestes llenas de un rencor reprimido y de un resentimiento amasado con lágrimas. Más, no podíamos prescindir de su fuerza masiva y sobre todo, de la legitimación que daba a nuestro movimiento su participación.

Poco a poco fue tomando forma nuestro plan. Muchos militares le habían ofrecido a Allende su adhesión; a mí, muchos clérigos e intelectuales criollos, aparte de la mayoría de las comunidades indígenas de esa parte del bajío. Por supuesto, que a medida que la lista de comprometidos aumentaba, en igual proporción se reducía el margen de discreción. Cada vez resultaba más difícil soslayar los preparativos. No era fácil disimular nuestras inquietudes. Cada vez que se invitaba a un personaje más, se adquiría un nuevo riesgo. Precisamente, yo había dejado para lo último hablar con don Juan Garrido, con quien cultivaba muy buena amistad; él era el tambor mayor y el maestro de música del batallón provincial de infantería de Guanajuato, por lo que resultaba su adhesión de gran utilidad para nuestra causa; por tal motivo lo invité a Dolores con el pretexto de una fiesta y allí lo incité a participar en nuestro movimiento, mostrándome de inmediato gran disposición para ello, lo que me produjo gran optimismo, porque si él lograba atraerse a todo el batallón, se robustecía la posibilidad de tomar Guanajuato sin disparar ni un solo tiro ¿Quién habría de imaginar lo que sucedería después en la Alhóndiga de Granaditas?

Ese día 13 de septiembre le entregué a Garrido la cantidad de setenta pesos para algunos gastos preliminares. Pero, él al regresar a Guanajuato lo primero que hizo fue denunciar la conspiración al Intendente don Juan Antonio Riaño, a quien le entregó el dinero que yo le había dado. Inmediatamente se giró la orden de aprehensión en contra de Allende y Aldama por conducto del delgado de San Miguel el Grande, pues desde la conspiración de 1809 se les tenía por sospechosos; en cuanto a mí, el Intendente Riaño no quiso actuar precipitadamente y ordenó se verificaran los hechos denunciados por Garrido. Ya para entonces desde el día once, el Alcalde de Querétaro don Juan Ochoa había denunciado por escrito los nombres de todos los que fraguábamos la conspiración. Como en ella aparecía el nombre del capitán Joaquín Arias, fue al primero que interrogaron y éste, sintiendo ya descubierta completamente la conjura, consideró conveniente denunciar todos los hechos y así lo hizo proporcionando la lista de todos nosotros. Esto comprometió al corregidor Domínguez a actuar en contra nuestra. De inmediato procedió a catear la casa de Epigmenio y Emeterio González, y habiendo encontrado escondidas una considerable cantidad de armas, cartuchos, municiones y cabos para lanzas, fueron detenidos en seguida.

Enterada de estos hechos la esposa del Corregidor, doña María Josefa, no obstante que aquél la había dejado encerrada para evitar que pudiera comprometerse, ella se dio habilidades para enviar un mensajero a San Miguel el Grande con el fin de avisar a Ignacio Allende que la conspiración había sido descubierta y que había órdenes de aprehensión contra todos. El enviado de la Corregidora no encontró a Allende y le pasó el recado a don Juan Aldama que apresuradamente a galope tendido, cubrió la distancia hasta Dolores, a donde llegó aproximadamente a las

dos de la mañana del 16 de septiembre. Allende desde el día anterior ya estaba en mi casa porque había interceptado un correo en el que se revelaba nuestra situación, y consideró, igual que yo, que había que tomar una rápida y determinante decisión, para lo cual había citado también a Abasolo, que llegó un poco después de Aldama. Mientras los recién llegados tomaban chocolate caliente, mandé llamar a mi hermano Mariano y a mi pariente José Santos Villa y una vez reunidos todos les hice ver la urgente necesidad de tomar una resolución antes del amanecer. Allende opinó que cada uno de nosotros tomara una determinada ruta para hacer contacto con nuestros simpatizantes y organizar varios levantamientos simultáneos en todas las poblaciones donde tuviéramos prosélitos, presentando, así, al mismo tiempo, diversos frentes de batalla. Yo discrepé de ese plan, y opiné que el movimiento debería ser más rápido, pues para cuando llegáramos al lugar a donde se nos comisionara, íbamos a encontrar a todas las personas comprometidas con nuestro movimiento, sobrecogidas de terror por las aprehensiones de Querétaro, y acaso, en una comprensible actitud de duda respecto del éxito de nuestra lucha, lo que nos haría retrasar las acciones, y ¡eso podría ser nuestro fracaso! Allende aceptó mis razones y dijo: «Pues bien, señor cura, echémosles el lazo, seguro de que ningún poder humano podrá quitárselos». ¡Así será capitán Allende -le contesté- **LO HE PENSADO BIEN Y VEO QUE ESTAMOS PERDIDOS Y QUE NO QUEDA MÁS RECURSO QUE IR A COGER GACHUPINES! ¡NO HAY QUE PENSARLO MÁS, AHORA MISMO DAREMOS LA VOZ DE LIBERTAD DE NUESTRA PATRIA, MÁS NO OLVIDEMOS QUE LOS AUTORES DE LAS GRANDES EMPRESAS COMO ÉSTA, NUNCA SUELEN GOZAR DEL FRUTO DE ELLAS!** Entonces Aldama me dijo poniéndose bruscamente de pie: «Señor, ¿qué va usted a hacer? ¡por amor de Dios, vea usted lo que hace! Sin contestar aquella exclamación miré a todos los presentes para saber si alguien más la secundaba. El silencio de todos confirmo mi propuesta, por lo que dimos inicio inmediatamente, al plan que teníamos preestablecido.

En primer lugar mandé llamar a todos los trabajadores de los talleres de alfarería, herrería, sedería y los otros que yo había establecido, los cuales de inmediato se unieron a nuestro movimiento; después, Allende y Aldama se dirigieron a la cárcel y liberaron a los presos que estaban allí por "faltas de policía", pues los reos de delitos graves se juzgaban en Guanajuato. Luego, se procedió a la aprehensión de diecinueve españoles avecindados en Dolores, lo que se hizo con mucho respeto y sin violencia, solamente Larrinúa, un español muy irascible, resultó lesionado al oponer resistencia. Como a las cinco de la mañana mandé tocar las campanas de la parroquia llamando a misa, pues era domingo, y una vez que estaba congregada en el atrio del templo una muchedumbre esperando que se abrieran las puertas, llegamos todos los conjurados, que ya éramos cerca de ochenta, y desde allí arengué a la multitud dándoles a conocer que aquel movimiento que acababa de empezar no tenía más objetivo que derribar el mal gobierno, quitando del poder a los españoles, y que con la ayuda de todos los mexicanos la opresión de tantos años se vendría por tierra; además los invité a tomar las armas que tuvieran, ya fueran mosquetes, lanzas o machetes y que nos siguieran en el camino de la libertad. De aquella muchedumbre surgieron estruendosos gritos de **¡VIVA LA**

**INDEPENDENCIA! ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡MUERA EL MAL GOBIERNO!** y muchos de ellos de inmediato se unieron a nuestra causa. ¡Así se inició, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, la gloriosa epopeya de nuestra emancipación política!

A las once de la mañana la columna ya estaba lista para marchar rumbo a San Miguel el Grande; para entonces ya contábamos con ochocientos hombres entre montados y a pie. Para dar una idea de la extraña composición de aquel singular ejército, voy a citar la lista de los primeros insurgentes que me acompañaban al frente de la columna, cuya heterogeneidad resulta reveladora y curiosa: Capitán Ignacio Allende; su asistente Franco Carrillo, Capitán Juan Aldama, Capitán Mariano Abasolo, mi hermano Mariano Hidalgo, el padre Mariano Balleza, don José Aguirre, don Mariano Montes, don Ramón Herrera, el gobernador de los indígenas Francisco Larrea; don Anselmo Mercado, don Antonio Martínez; dos serenos, José Cecilio Ortega y Vicente Lobo; cinco músicos que vivían en la casa cural y que dirigía José Santos Villa; tres padres capellanes: Hermenegildo Montes, Ignacio Ramírez y Ramón Cruz; cuatro correos: los hermanos Rivas Cacho, Antonio Ortiz y José L. Gutiérrez; un herrero, Nicolás Licea quien estuvo haciendo lanzas en el taller de herrería y varios vecinos más; también iban en la vanguardia una Compañía del Regimiento de la Reina, a cargo de Abasolo, compuesta de dos sargentos, cuatro tambores, cuatro granaderos y veinticuatro dragones. El resto de la columna estaba integrado por indios, campesinos y peones de haciendas.

Dimos una vuelta a la plaza entre los vítores de los vecinos y salimos de Dolores por la calle del mercado. Yo montaba un caballo negro de no muy grande alzada y recuerdo que al pasar por la casa de la señorita Narcisa Zapata desde su ventana me preguntó: ¿A dónde va usted, señor cura? ¡Voy a quitarles el yugo, muchacha! a lo que ella repuso: ¡A ver si no pierde hasta los bueyes señor cura! Durante algún tiempo pensé que había sido profética.

Al llegar a Atotonilco había un verdadero tumulto por el ahinco de la multitud de ver a sus caudillos; ese tumulto se volvió indescriptiblemente estruendoso cuando habiendo entrado yo a la iglesia del lugar me presenté a la puerta del Santuario enarbolando un estandarte suspendido en el asta de una lanza, que en un lienzo blanco tenía pintada la imagen de la Virgen de Guadalupe, y grité a toda voz: **¡¡¡VIVA NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE GUADALUPE!!! ¡VIVA FERNANDO SÉPTIMO! ¡VIVA LA AMÉRICA! ¡VIVA LA INDEPENDENCIA!** Aquello inflamó el júbilo popular al grado del delirio. Allí nos dimos cuenta la felicidad que embargaba a nuestro pueblo al hablarles de «libertad».

Por todas partes por donde íbamos pasando rumbo a San Miguel los trabajadores de los campos vecinos suspendían sus faenas para ver pasar aquella multitud entusiasmada y ruidosa; cuadrillas enteras de peones, de uno y otro lado del camino, corrían a unirse a la columna y no tardaban en unirse, también a los gritos eufóricos de la tropa. De las haciendas y ranchos vecinos salían hombres a caballo que se incorporaban espontáneamente, integrando, así, una considerable fuerza de caballería armada de machetes, lanzas y espadas, pues muy pocos llevaban carabinas y pistolas. Los de a pie, por un instinto natural de organización, se juntaban